

poblaciones nómadas que hicieron de aquellas ciudades una cintura maravillosa á los abrasados arenales del desierto. El desierto era también la defensa del Africa, pero en las partes montañosas, en las gargantas del Atlas p. e. los puestos y las vías militares se multiplicaron. Agréguese á todo esto una severísima disciplina á que se sometía en primer lugar el emperador, marchando á pié á la cabeza de las legiones lo mismo bajo el frío de la Caledonia, que bajo el calor tórrido del Egipto y una preocupacion constante de la vida del soldado, como lo prueban las inscripciones encontradas en el campamento de una legion que estuvo dos siglos en Africa, la III^a Augusta, en Lambesa, al pié del Aurés, por Renier (*Inscriptions de l'Algerie.*)

Nunca perdonó á Hadriano la aristocracia de Roma el celo inmenso por los provincianos que atestiguaban sus viajes. Estos absorbieron casi todo el tiempo del Emperador. Empezó por las Galias en donde probablemente convocó la asamblea de diputados de las provincias que se reunía en Lyon; sus liberalidades que siempre tendían á realizar grandes obras de utilidad y de arte le valieron el nombre de *restaurador de las Galias*, nombre que se le da igualmente en multitud de medallas acuñadas en otras provincias. De las Galias pasó á Bretaña, de aquí bajó á España, en donde también presidió la asamblea de las provincias en Tarragona, con el objeto de continuar la gran tentativa de todos sus antecesores de unificar la religión del imperio, en el culto oficial de Augusto y de Roma. (120). En Africa hizo ejecutar grandes caminos en las montañas á la III^a Augusta, pacificó la Mauritania y embelleció á Cartago. Vuelto á Roma en 121, en 122 partió para el Oriente, en donde celebró un tratado de paz con los parthos. En

125 visitó minuciosamente el Archipiélago, deteniéndose en cada sitio célebre en la mitología ó en la historia. En 126 subió al Etna en Sicilia, y sin parar mientes en el disgusto del Senado que veía con ira que el príncipe no quería ser cónsul y que solo una vez, permitió al ejército saludarlo como emperador, volvió en 128 al Africa, al Oriente, á la Grecia, patria de su inteligencia y de su alma de artista.

En Grecia no hubo ciudad quizá que no disfrutara de las liberalidades de aquel emperador que viajaba con un séquito de artistas y constructores, organizado como un ejército. Ebria de gozo saluda la Grecia al discípulo de Plutarco que se iniciaba en los misterios eleusinos, levantaba una estatua á Milciades y escribía el epitafio de Epaminondas. Su ciudad favorita fué Atenas, naturalmente. Reformó la Constitución de la ciudad, aceptó los cargos de Arconte y Agonoteta y pasó la vida discutiendo con los filósofos, cazando, y haciendo versos (se ha encontrado en 1870, en Thespiis, un epigrama de Hadriano.) Dirigió la construcción de la *ciudad nueva* que se llamó Hadrianopolis y construyó entre otros el *Panhelion*, magnífico templo de Zeus y Hadriano, cuyas ruinas causan una grata sorpresa aun acabando de ver las del Parthenon. En el Panhelion, se celebraban juegos en presencia de los representantes de la Grecia entera y aquella fué la vez última en que los recuerdos del pasado se encarnaron en una fugaz realidad ante los ojos de los descendientes de Péricles.

Ya los griegos llamaban al augusto viajero *Olimpio* y lo recibían con himnos de júbilo, en aquella Asia griega en que dominaban los sofistas y que se había entregado por completo á la embriaguez de la palabra, puesto que la acción le estaba vedada. Hadriano reedificó y levantó ciudades destruidas,

embelleció otras y recorrió aquellas comarcas dejando donde quiera huellas benéficas de su paso. Así bajo la vista de aquel hombre el trabajo de asimilación de los diferentes elementos de la civilización adelantaba á pasos titánicos. Visitó la Kapadokia, el Ponto, bajó á la Siria; de Antioquia marchó á Damasco, á Baalbek, á Bostra, á Filadelfia, cruzó los arenales, llegó á Palmira con un ejército de artifices, hizo una maravilla de aquella reina del desierto, le concedió el *derecho itálico*, hizo cruzar de caminos para las caravanas el Hauran y el país de Moab, visitó la enorme depresión en que se estancan las aguas bituminosas del Mar Muerto, pasó por Petra y entró á Egipto por Pelusa. El Egipto estaba agitado porque las principales ciudades se disputaban á mano armada la guarda del buey Apis, que se había reencarnado después de muchos años de ausencia. Hadriano estuvo en Alejandria en donde florecían todas las escuelas filosóficas y el *gnosticismo* hacia furor, estuvo en Menfis, subió á Tebas en donde visitó el coloso de Menmon (v. pag. 39.) y después de celebrar el Apoteosis de su favorito Antinoo, mancha asquerosa en la vida de Hadriano, entró á Roma en 135. Ahí vivía en la *villa tiburtina*, en donde había hecho reproducir en miniatura los sitios y los monumentos que mayor impresión le habían hecho en sus viajes y cuyas ruinas han enriquecido de bellezas de primer orden los museos de Europa.

Supóngase á qué grado llegaría el amor de las provincias por un hombre que perseguía implacablemente á los malos gobernadores, que había sido arconte en Atenas, pretor en Etruria, *dunviro* en muchas ciudades italianas, demarca en Nápoles, quinquennial en Itálica y de quien decía el hierofante de Eleusis: «que había derramado un río

de oro sobre todas las ciudades del universo.»

El más completo representante de la idea de orden en la humanidad, no podía dejar sin reglas invariables el orden civil.—De aquí vino la idea, que se encargó de realizar el insigne jurisconsulto Salvius Julianus, de coordinar los edictos de los pretores y los trabajos sobre la *lex anua*, que la costumbre había convertido en una ley inmutable, y formar así lo que se llamó el *edicto perpetuo* verdadero código al cual debían sujetarse cuantos en el imperio administraban justicia. Otra gran reforma de Hadriano, quizá la más trascendental de todas y que marca el verdadero máximo de la organización del poder imperial, consistió en la creación de un numeroso personal de funcionarios, ampliamente retribuidos y sometido á reglas rigurosas. Estos funcionarios no son ni los senadores, siempre inclinados á la oposición, ni los libertos, que se habían identificado con los excesos vergonzosos de los malos emperadores, sino los miembros del orden ecuestre, por lo general íntegros, aptos y dóciles. Una vez vueltos los libertos á la domesticidad de la corte, los *caballeros* administraron las finanzas, el prefecto del pretorio fué el más alto magistrado civil y en el consejo de estado, institución nueva también, los caballeros ocuparon el primer lugar. Los emperadores que sucedieron á Hadriano, sobre todo Diocleciano, estaban llamados á desarrollar esta verdadera transformación imperial; de entonces data también la idea de equiparar Italia al resto de las provincias.

Bajo el reinado de este hombre tolerante poseído por completo de un esquisito y benévolo excepticismo, á quien solo se imputan, calumniosamente quizá, algunos actos de crueldad con los sabios y filósofos, sus amigos y contrincantes,

los cristianos vivieron tranquilos; aquí y ahí en momentos de efervescencia popular se escuchaba el grito famoso *los cristianos á las fieras*, pero la regla de Hadriano no podia ser mas justa, dadas su posicion y las ideas de su tiempo: «Si alguno acusa á los cristianos y prueba que han cometido algun acto ilegal, que sean juzgados segun la falta cometida; si han sido calumniados, que sea castigado el calumniador.»

En realidad el movimiento profundo de ideas que iba produciendo la transformacion del politeismo en humanitarismo, es dejaba sentir cada vez más; en la obra de los jurisconsultos, sobre todo, en el mejoramiento de la condicion de la mujer y de los esclavos, mejoramiento á que contribuyó Hadriano en primera linea. La literatura daba forma y vida tambien á estas ideas en aquel tiempo que vió los funerales de Juvenal (1) el poeta entre cuyos airados acentos se encuentran arranques como este: «El hombre ha nacido para la piedad, la naturaleza misma lo proclama. Ella le ha dado las lágrimas y la humanidad no tiene título más bello» En ese tiempo florecian Plutarco, preceptor del César, Suetonio, su secretario, Flegon, su liberto y su biógrafo, Arriano, Pausanias, Aulo Gello y venian ya Apuleyo y Luciano, esa especie de Voltaire del Olimpo pagano.

Hadriano vió estallar en sus últimos años una guerra de religion. Los judíos, entre quienes mantenian vivo el

[1] Un gran poeta: no es posible desconocer, sin embargo, la exageracion de sus sátiras respecto de una sociedad que tenia grandes vicios, pero que era infinitamente superior á la que le habia precedido. Juvenal, agriado por el desprecio con que lo veian muchos, se desata en invectivas contra Roma, de la que nunca pudo separarse con todo, contra los ricos, cuyas puertas rondaba como los clientes á quienes critica, contra los griegos, á quienes envidia y que en medio de su charlataneria estaban operando el progreso moral del mundo greco-romano. A esa filosofia cuya influencia sufre sin confesarlo, debe Juvenal, algunos de sus maravillosos arranques de humanidad y de misericordia, que pueden servir de ejemplo aún á los poetas cristianos.

espíritu patriótico y religioso á un tiempo, los doctores refugiados en Galilea, en donde redactaron ese inmenso comentario de la ley, que se llamó la *Mischna*, código á la vez de leyes religiosas y civiles; los judíos, más impacientes que nunca de saludar al Mesías que habia de hacer de un pueblo oprimido un pueblo triunfante sobre todos, se sublevaron cuando Hadriano cambió el nombre de Jerusalem en el de Elia Capitolina y estableció una colonia en el lugar santo.

El mesías de la nueva insurreccion fué Bar-Kokaba (el hijo de la estrella). El mejor de los lugartenientes de Hadriano, Severus, domó la rebelion; mas el incendio, el hambre y la matanza, practicados en una escala espantosa, hicieron de la Palestina un desierto. Los restos del pueblo judío se dispersaron por el mundo. Pero para defender eternamente su espíritu nacional, tenian los comentarios de la *Mischna* (los talmudes); un sistema de puntuacion, de signos y de escritura, destinado á hacer inalterables los libros sagrados (*la Masora*) y la Kabbala, filosofia singular que circulaba de un modo misterioso. Armada así la nacion judia, sobrevivió al imperio romano.

Hadriano adoptó primero á Verus, con cuyo motivo hubo algunos complots reprimidos enérgicamente, y luego á Antonino, galo de origen y que no era ni pariente suyo, pero de cualidades excelentes, y á quien hizo adoptar al hijo y al sobrino de Vero, que habia muerto ya. Este sobrino fué Marco Aurelio. Hadriano murió el 10 de Julio de 138.

ANTONINO. (138-161.)—*Titus Aurelius Fulvius Bononus Antoninus*, llamado á cosechar con el sobrenombre, confirmado por la posteridad, de *el Píadoso*, la situacion de paz y de tranquilidad prosperada tan hábilmente por Hadriano, no tiene un histo-

riador formal, y poco sabemos de los veintitres años de su reinado. Es que en los períodos felices la historia de los pueblos es monótona y se puede encerrar en algunas líneas. La corriente de la civilizacion imperial entra como un rio inmenso y sereno en una zona risueña y bajo un cielo sin nubes; no ha vuelto á ver la familia humana época tan venturosa. Dejando á un lado las ridículas consejas que cuenta Julio Capitolino, el biógrafo de Antonino, sobre su advenimiento, puede condensarse así la obra de este hombre manso y benéfico como ninguno á quien llama Pausanias, *el Padre del género humano*: El imperio convertido en un inmenso taller de construccion; las provincias gobernadas largos años por la misma persona, garantía de honradez y de paz; el derecho civil enriquecido con disposiciones, demasiado justas quizá, respecto del adulterio y muy nobles en favor de los naufragos y de los esclavos; maravillosa prosperidad de la hacienda pública; proteccion á la retórica y á la filosofia; continuacion de la política de Augusto respecto de los bárbaros, cuya inquietud en las fronteras iba en aumento, política que hizo, rechazar las proposiciones de algunas tribus que pedian ser tratadas como vasallas del imperio; las conspiraciones desenlazadas con actos de clemencia; los cristianos tranquilos y el emperador, creando en memoria de la princesa Faustina, calumniada quizá, magníficas instituciones de caridad para las niñas: esta es la historia de Antonino.

S. Justino presentó al emperador, á sus herederos, *al sacro senado* y al pueblo; una apologia á nombre de los que estaban injustamente odiados y perseguidos, en ella demostraba valientemente que el cristianismo era favorable á cuanto de bueno y sano habia en

los hombres, en las costumbres y en las ideas paganas.

El emperador, murió dando por contraseña á un oficial de sus guardias esta augusta palabra que resume su historia: *equanimitas* (7 de Marzo de 161).

MARCO AURELIO. (161-180.)—La filosofia estóica que habia dado tantos hombres y tantas ideas al mundo imperial le dió por fin un emperador. Este fué *Marcus Aurelius Antoninus Augustus*, originario de Córdoba en España, aunque nacido en Roma. Tenia cuarenta años cuando subió al solio y se dió por colega á Lucius Verus, de suerte que hubo dos emperadores, aunque el Senado no reconoció mas que uno.

La paz prolongada y la tolerancia sin tasa de Antonino, dejaron una herencia borrascosa á un filósofo grande por la inteligencia y por el corazón, verdadero héroe moral del paganismo, que hubiera merecido un período de calma como el que acababa de pasar para siempre. Pero la disciplina se habia relajado y los hábitos guerreros habian desaparecido en momentos en que el mar de la barbárie golpeaba furioso los diques puestos en la frontera del imperio.

Al subir Marco Aurelio al poder, los mauritanos invadian la España; en las Galias y en Bretaña estallaban sediciones en las tropas; los Pictos recorrían la Bretaña insular, y Vologeso, rey de los parthos, dominaba la Armenia, parte de la Siria, y amenazaba el Asia Menor, despues de sérios descalabros de las legiones.

Mientras que Marco Aurelio cautivaba con sus favores al Senado, reformaba la legislacion penal suavizándola, recomendando la consideracion de lo que los modernos llaman *circunstancias atenuantes*, y ejercia admirablemente su oficio de juez; mientras creaba la institucion de los *curadores de las*

ciudades dependientes del emperador, destinados á acabar con la libertad municipal floreciente hasta entónces, y establecia oficinas análogas á nuestro *registro civil*, protegía á los menores, desarrollaba la beneficencia pública, continuaba dulcificando la suerte de los esclavos, convertía á las asociaciones en personas civiles, autorizándolas para heredar, limitaba los derechos de la patria potestad y enviaba auxilios á las ciudades, les perdonaba tributos, contribuciones, etc., Verus marchaba á Siria á ponerse al frente del ejército. Su lugarteniente, Ovidius Cassius, hombre duro é inflexible, lleno de ideas republicanas y de ambición, restableció la disciplina. Priscus, otro valiente oficial, se apoderó de Armenia, mientras Cassius, renovando las hazañas de Trajano, penetró en el corazón de la Caldea, destruyó á Seleucia é incendió á Ktesifon, y aunque, como de costumbre, la retirada fué casi desastrosa, Vologeso pidió la paz. Esta paz favoreció mucho la extensión del comercio romano en aquellas regiones, como entre muchas cosas, lo atestiguan los anales chinos, que mencionan una embajada que en esa época mandó el emperador al *hijo del cielo*.

Los *Goths*, pueblo de origen ario-europeo, que ocupaba entónces las comarcas escandinavas, á orillas del Báltico, y que estaba destinado á jugar el papel de protagonista en el primer acto del gran drama de la invasión definitiva, á consecuencia de una guerra religiosa, según parece, (1) abandonaron la Suecia, atravesaron el mar en sus barcos de cuero, y de las orillas del Báltico, bajaron á las del mar Negro, arrollando á su paso á los *vándalos*, de su pro-

[1] Según las tradiciones oscurísimas de la Escandinavia, en el siglo II llegaron del Asia Odin y sus compañeros, conquistaron la península (Suecia y Noruega) y fundaron una nueva religión, que era la deificación de la guerra. Después de una lucha prolongada, los vencidos se expatriaron en masa: estos eran los godos.

pia sangre, y causando una espantosa confusión en el mundo bárbaro.

Llegados en gran número (se les habían agregado tribus enteras de aventureros) á orillas del Vistula, se dividieron en dos cuerpos los *Ostrogoths*, (godos del Este) acaudillados por su rey pontífice Filimer, sometieron á los *sármatas* y se posesionaron de los litorales del Euxino; los visigodos ó godos del Oeste fueron penetrando en el valle inferior del Danubio, mientras algunas de sus tribus fueron más al Oeste como los *gépidos* que llegaron á dominar la Transilvania, los *vándalos* y los *hérulos* que se fijaron en las montañas de la Moravia, los *logombardeos* en el alto Oder y los *burgondos* á orillas del Saale y del Mein. Y á tiempo que en el vacío dejado por los godos en la costa del Báltico se precipitaban los eslavos, las tribus que acabamos de nombrar pasaron sobre los *suevos* hasta el grado de disolverlos ó absorberlos casi por completo, y los *suevos* obligaron á los *marcomans* á rebasar los límites del imperio. Como toda la barbarie estaba en ebullición del Rhin al Euxino, y del Báltico al Danubio, la avalancha llevaba un movimiento aceleradísimo. Arrolló ejércitos, inundó de sangre la Pannonia y mientras los *marcomans* se dirigían á los Alpes y ponían sitio á Aquilea, las tribus de los *costobocs* penetraban en el corazón de la Grecia.

Marco Aurelio los contuvo á duras penas, viéndose obligado en el curso de esta oscura y trabajosísima guerra en que no hubo ninguna acción memorable, á vender el mobiliario del Palacio para allegar recursos y á armar á los gladiadores y a los esclavos.

Vero había muerto á consecuencia de sus desórdenes y Marco Aurelio tenía encima todo el peso de la lucha, y cuando apenas había logrado contener la invasión, Cassius, el vencedor de los

parthos se sublevó en Siria, dando por motivo de su rebelión, el mal estado en que se hallaba la administración del imperio encargada á sofistas y retóricos, á cual más inhábil y corrompido.

Esto era una verdad; pero afortunadamente para el emperador, los mismos soldados de Cassius se encargaron de capturarlo y de hacerlo perecer.

Marco Aurelio se mostró clemente; por entónces visitó el Oriente, Alejandria y Athénas, que lo acogieron como á un gran filósofo; regresó á Roma á celebrar sus triunfos, designó como su heredero á su hijo Commodus, á quien colmó de honores, y en 178 volvió á la guerra á orillas del Danubio. Durante los veinte meses que duró esta campaña contra los *marcomans*, los *quads*, los *iazigos*, etc. algunos de cuyos pueblos habían hecho en sus anteriores incursiones hasta 100,000 prisioneros romanos, fué cuando Marco Aurelio compuso el libro encontrado después de su muerte y conocido en el mundo latino con el nombre de *Pensamientos*.

En verdad el estoicismo se había transformado en manos de los grandes misioneros de la filosofía, como Dion Crisóstomo y Epicteto, en una moral tan elevada y tan pura como el cristianismo. Al principio de abstención y de resignación del antiguo estoicismo había sucedido un principio de actividad, el del amor al prójimo; pero jamás había alcanzado una fórmula tan noble y tan santa como en ese diálogo sostenido por Marco Aurelio con su alma:

«Por qué, hombre que así pensaba y que así sentía, permitió que se inundaran de sangre cristiana algunas ciudades del imperio, Lyon sobre todo? Porque Marco Aurelio grande como filósofo, era, débil, preocupado supersticioso como sumo pontífice y como emperador. A esta debilidad se debe, no sus complacencias vergonzosas con su

esposa la segunda Faustina, que esto no pasa quizá de una calumnia (1) sino la ceguera paternal que le hizo olvidar que el secreto de la grandeza de los reinados anteriores había consistido en el principio de adopción, y en desconocer los terribles vicios de su heredero á quien dejaba el trono en una época de crisis que habría requerido un gran emperador, y sobre todo un gran caudillo. Marco Aurelio murió en *Vindobona* (Viena) el 17 de Marzo de 1800.

El siglo de oro de la historia ha concluido; sin transición aparente vamos á pasar á la edad de fierro, pero antes es conveniente, aun cuando debemos circunscribirnos á exiguos límites en asunto que requeriría volúmenes, hacederos cargo del grado á que ha llegado el progreso humano, en este momento histórico, no entrando en detalles sino consignando resultados, única cosa que puede hacerse en obras como la presente. Para registrar las pruebas cada vez más abundantes de las conclusiones que vamos á asentar y que son hoy las de la ciencia histórica, remitimos á nuestros lectores, principalmente, á los cuerpos de inscripciones de Orélli, Mommsen y Renier y á las obras sobre el imperio, de Merivale, Marquardt, Mommsen, Hirschfeld, Duruy, Aubé, y á las numerosas monografías que sobre determinadas cuestiones pertenecientes á la época que historiamos han sido publicadas en Europa.

Nosotros seguiremos especialmente el orden adoptado por Duruy en el tomo V. de la *Histoire des Romains* publicada en 76. Consideraremos el Imperio bajo su aspecto legal primero, de las costumbres después y por último filosófico y religioso.

[1] La comparación de los bustos de Comodo y de Marco Aurelio demuestran la falsedad del adulterio imputado á Faustina [v. Renan].